

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**FILOSOFIA**  
Y  
**LETRAS**

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

**45-46**

*ENERO-JUNIO*

**1952**

*IMPRESA UNIVERSITARIA*

# **UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

Rector:

**DR. LUIS GARRIDO**

Secretario General:

**DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE**

## **FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Director:

**DR. SAMUEL RAMOS**

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

*Eduardo García Máynez*

SECRETARIO:

*Juan Hernández Luna*

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71  
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país.....	\$ 11.00
Exterior .....	Dls. 2.00
Número suelto....	\$ 3.00
Número atrasado ....	4.00

## Sumario

### ARTICULOS

	Págs.
José Díaz García . . . . .	<i>La unificación de los reinos españoles operada por los Reyes Católicos</i> . . . . . 9
Rogelio Díaz Guerrero . . . . .	<i>Rasgos y sumaria historia del moderno behaviorismo norteamericano</i> . . . . . 59
José Gaos . . . . .	<i>La lógica jurídica de Eduardo García Máynez</i> . . . . . 99
Eduardo García Máynez . . . . .	<i>Principios ontológicos y ontológico-jurídicos sobre el hacer y el omitir</i> . . . . . 125
Eli de Gortari . . . . .	<i>La filosofía en China</i> . . . . . 131
Alfonso García Ruiz . . . . .	<i>Sociogénesis del mexicano</i> . . . . . 145
Angelina G. de Moreleón . . . . .	<i>Algunas formas del valor y de la cobardía en el mexicano</i> . . . . . 165
Sergio M. Fernández . . . . .	<i>El inmanentismo del Infierno de Quevedo</i> . . . . . 175
Juan Hernández Luna . . . . .	<i>El filosofar de Samuel Ramos sobre lo mexicano</i> . . . . . 183
Felipe Pardinás Illanes . . . . .	<i>Ensayo sobre las relaciones entre indeterminación y causalidad</i> . . . . . 225
Oswaldo Robles . . . . .	<i>Panorama de la psicología en México. Pasado y presente</i> . . . . . 239

	Págs.
Francisco Monterde . . . . .	<i>En torno a Los de abajo, del doctor Mariano Azuela</i> . . . . . 265
Bernabé Navarro B. . . . .	<i>Didáctica de las lenguas clásicas</i> . . . . . 271
Luis Weckmann . . . . .	• <i>La Edad Media en la conquista de América</i> . . . . . 291
Ramón Xirau . . . . .	<i>A. N. Whitehead: Tres categorías fundamentales</i> . . . . . 311
Alfonso Zahar Vergara . . . . .	<i>Dos actitudes escépticas: San Agustín y Descartes</i> . . . . . 327

#### RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Isaías Altamirano . . . . .	<i>El antiguo Oriente.</i> (David George Hogarth.) . . . . . 333
Ismael Diego Pérez . . . . .	• <i>Historia de las Indias.</i> (Fray Bartolomé de las Casas.) . . . . . 336
Joaquín Macgrégor . . . . .	<i>Endliches und Ewiges Sein.</i> (Edith Stein.) . . . . . 340
Jesús Montejano Uranga . . . . .	<i>El mahometismo.</i> (H. A. R. Gibb.) . . . . . 342
Laura M. de Manzano . . . . .	<i>La X en la frente.</i> (Alfonso Reyes.) . . . . . 345
Fernando Salmerón . . . . .	<i>El perfil del hombre y la cultura en México.</i> (Samuel Ramos.) . . . . . 349
Fernando Salmerón . . . . .	<i>Conciencia y posibilidad del mexicano.</i> (Leopoldo Zea.) . . . . . 353
Pedro Rojas Rodríguez . . . . .	<i>El arte religioso del siglo XII al XVIII.</i> (Emile Mâle.) . . . . . 356
Luis Weckmann . . . . .	<i>Una desorientación occidental.</i> (Eduardo Espinosa y Prieto.) . . . . . 364
Jesús Zamarrípa Gaitán . . . . .	<i>Ricardo Wagner.</i> (W. H. Hadow.) . . . . . 369
J. H. Luna . . . . .	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> . . . . . 375
Publicaciones recibidas . . . . .	. . . . . 381
Registro de revistas . . . . .	. . . . . 382

## ALGUNAS FORMAS DEL VALOR Y DE LA COBARDIA EN EL MEXICANO

El simple título de esta conferencia, *Algunas Formas del Valor y de la Cobardía en el Mexicano*, evocará en ustedes, sin duda alguna, las imágenes de una serie de tipos, más o menos familiares, como el “macho”, el “coyón”, el “creído” y tantos otros que en la vida cotidiana del mexicano se presentan frecuentemente. Poco conseguiríamos, sin embargo, si nos limitásemos a la presentación y análisis de esos tipos, dejando a un lado el problema de sus relaciones con los caracteres ontológicos fundamentales del mexicano. En consecuencia, el análisis que voy a desarrollar ante ustedes tendrá, en cierto modo, un doble fondo. Aclararé esta afirmación con un ejemplo: si tomamos el caso del “macho” el análisis tenderá, por un lado, a determinar sus caracteres de tal, es decir, de “macho” y, por otro, a poner de manifiesto la conexión que existe entre esos caracteres y aquellos otros propios del mexicano en general, sea “macho” o no.

Para realizar este objeto que he bosquejado, conviene analizar brevemente los dos términos o polos —el valor y la cobardía— que constituyen por decirlo así, las coordenadas que darán un sentido al campo de nuestra investigación. Una primera ojeada nos revela en forma inmediata que no se trata de dos polos simples, sino, por el contrario, muy complejos. El concepto de valor aparece escoltado por una gran cantidad de palabras que designan matices del mismo: atrevimiento, osadía, temeridad, audacia, intrepidez, son algunas de ellas. Por su parte, la cobardía está en estrecha conexión con miedo, temor, recelo, terror, sobresalto, horror, espanto, pavor y otras muchas. Es decir, que valor y cobardía constituyen dos núcleos de categorías estrechamente relacionadas

entre sí dentro de cada núcleo, hasta el extremo de que las diferencias son solo de matiz, y en ocasiones tan vagas e imprecisas que solo la sutileza semántica de un purista del idioma podría señalarlas.

Afortunadamente, no somos puristas del idioma, ni es nuestro objeto cubrir las omisiones de la Academia de la Lengua, la cual solo consigue confundir al que busque el significado preciso de las palabras. Yo encomiendo a ese mínimo sentido del idioma que todos tenemos la recta comprensión de lo que voy a decir, porque si bien es cierto que el filósofo suele tener serios motivos para temer ser mal entendido, no lo es menos que resulta pesado y farragoso cuando convierte sus exposiciones en meros catálogos de palabras con sus correspondientes significados.

Bastará para nuestro objeto con que nos pongamos de acuerdo acerca de algunos de los términos enunciados, que son los que en definitiva cumplen a los fenómenos que voy a analizar.

Empecemos por el núcleo de la cobardía. En sentido popular —que de paso es el más inmediato y el que toma en cuenta la Academia de la Lengua— la cobardía es una deficiencia que impide al sujeto que la padece arrostrar el peligro. El hombre de la calle dará a la palabra *peligro* su significado más de bulto, más aparente: lo concebirá como una amenaza a la vida, o bien, en un caso menos extremo, como una amenaza a la integridad corporal, o a la libertad física, o, en general, a todo aquello que vulgarmente se considera indispensable para la felicidad —vulgo: comodidad— del individuo. Así, si pedimos al hombre de la calle un ejemplo de cobardía, nos dirá probablemente que es cobarde aquél que no reacciona violentamente ante una injuria cualquiera. No podemos decir que esta concepción de la cobardía sea falsa; de hecho contiene todos los elementos de una concepción exacta; pero incompleta, porque los contiene en forma tácita, y solo se pueden inferir de ella mediante una reflexión posterior. De tal manera, que aplicando ese mismo criterio popular podríamos añadir sin violencia alguna para él, y con solo un sencillo razonamiento, que aquí podemos omitir, que toda acción implica un riesgo o peligro, y que por lo tanto la cobardía es una deficiencia del individuo que lo hace inepto o poco apto para la acción. (No necesito insistir sobre el hecho de que la palabra acción tiene aquí un significado mucho más amplio que el puramente mecánico que suele atribuírsele). Claro está que la ineptitud total solo se da en casos francamente patológicos; pero desde este extremo hasta el de la aptitud plena, podemos admitir, cuando menos en teo-

FORMAS DEL VALOR Y DE LA COBARDIA EN EL MEXICANO

ría, un número infinito de gradaciones, que está expresado en las palabras de que hablaba antes, palabras que —digámoslo una vez más—, simbolizan otros tantos matices.

Con lo dicho centramos nuestro primer problema, que es el siguiente: ¿Cuál es el matiz —o matices— de la cobardía del mexicano? O en otras palabras: ¿En qué grado se acerca el mexicano a la ineptitud para la acción?

Es evidente que la respuesta a esta pregunta nos ha de allanar el camino para responder a la interrogación complementaria, es decir, ¿cuál es el matiz del valor del mexicano, entendiendo aquí valor como una aptitud para la acción? Aquí necesito hacer uno de esos paréntesis que son tan ingratos para el filósofo como para quienes lo escuchan; pero que resultan indispensables debido a la necesidad que tiene éste de dar a sus palabras un sentido distinto del normal, y debido también a la dificultad que suelen tener aquellos para adaptarse a ese sentido, o, si se quiere, a esa tensión: Y es que cuando digo que la pregunta sobre el valor es complementaria de la pregunta sobre la cobardía temo que se interprete la afirmación en un sentido mecánico, o más bien geométrico, como si el valor y la cobardía constituyeran dos polos entre los cuales se tendiese una línea para medir cómodamente sobre ella el grado de cobardía, y deducir por una simple resta el de valor. Lo cierto es que no quiero decir nada de esto, valor y cobardía se complementan en forma bien distinta, como veremos más adelante.

Apliquémonos pues, a la resolución de nuestro primer problema. Podemos descartar, desde luego, aquellas formas extremas de la cobardía que se manifiestan en una perturbación angustiosa del ánimo, entendiendo aquí por angustia un estado de agudo desequilibrio psicofísico, como lo entienden los psicólogos. Terror, horror, miedo, son situaciones anormales en el mexicano, como lo son en todos los hombres, pues solo se producen en momentos de grave peligro, en que la vida está muy seriamente amenazada. De ahí que, por un lado, sean inesenciales, ya que su único valor para nuestro estudio sería el sintomático: y por otro, son difícilmente determinables, debido a su misma infrecuencia y anormalidad.

Cualquiera que haya reflexionado, siquiera brevemente, sobre el mexicano, podrá señalar, con relativa facilidad los grados o matices en que se manifiesta su cobardía: son estos el *temor* y el *recelo*. Intentaré describirlos brevemente y distinguirlos entre sí, pues aunque parecen con-



fundirse, son en verdad, bien distintos. Consiste el temor en un rehusar aquellas situaciones vitales que, de una manera más o menos consciente y justificada considera el sujeto dañosas o peligrosas. El temeroso se aleja de todo aquello, que a su juicio implique un riesgo. No se confunde con el miedoso, porque en él no hay angustia, no hay desequilibrio violento. El temeroso ya lo he dicho, se aleja; el miedoso, huye.

El recelo es un desconfiar, un sospechar riesgo o peligro en la acción. El receloso actúa, pero no sólo no pone en ello su entusiasmo, sino que además lo hace en un ritmo lento, con precaución, como si procurase evitar la ruptura de algo muy importante, o amortiguar los efectos de su misma actividad, efectos que pueden ser desastrosos para él.

El temeroso vive en un continuo alejarse, en un perpetuo rehuir. El secreto de su vida está en rehusar la vida misma; elige no elegir, y por eso es hondamente contradictorio. El receloso vive en perpetua desconfianza; su elección es vivir pero con precaución, porque esa vida está bajo la amenaza del sobresalto. Se ha dicho que hay en esa actitud una desgana radical; yo no lo veo así: hay gana de vivir reprimida por el riesgo que se entrevé o se sospecha. El receloso acorta las bridas porque un paso demasiado largo o enérgico podría abrir un abismo bajo sus pies.

En su *Ensayo de una Ontología del Mexicano* dice el profesor Emilio Uranga que "el mexicano se siente débil por dentro, frágil. Ha aprendido desde la infancia que su fuero interno es vulnerable y hendible, de aquí todas estas técnicas de preservación y protección que el mexicano se construye en su torno para impedir que los impactos del mundo le alcancen y hieran. De aquí también su delicadeza, las formas finas de su trato, el evitar las brusquedades, las expresiones groseras, pero también esa constante preocupación por escurrir, por pasar inadvertido y la consecuente impresión que desde afuera da el mexicano de evadirse y escabullirse, de no darse a notar. Finalmente esa sensación, tan incómoda a veces, de ocultamiento de la propia persona, de recato; que colinda casi con el disimulo y la hipocresía y que no es en verdad más que la convicción de la incurable fragilidad."

Es claro que esta tesis concuerda perfectamente con la concepción del mexicano como un temeroso o un receloso. Es precisamente esa conciencia de la propia fragilidad el motivo último y radical que se manifiesta en un rehusar la acción o en un aceptarla como algo preñado de amenazas. En mi opinión esta descripción resulta más exacta que la que, unas líneas

## FORMAS DEL VALOR Y DE LA COBARDIA EN EL MEXICANO

más adelante del párrafo citado nos da el propio Uranga: "Las resistencias que se oponen a las realizaciones del mexicano no le impulsan a crecer y a arrasar los obstáculos sino que lo repliegan y ensimisman. Es la desgana en todas sus formas. El desconectarse de los quehaceres, el dejarlo todo para *mañana*. Estar desganaado es aparentemente estar aburrido y nunca faltan caracterizaciones de la desgana como aburrimiento. Cuando enseñorea la desgana la realidad humana parece, desde afuera, estar entregada al hastío, pero una inspección más honda disipa la aparente identidad y nos deja ver elementos que no pertenecen ya al hastío puro y simple". "La desgana hace su aparición cuando la vida muelle y elástica obliga sin embargo a una decisión. Nos desganaamos para decidir. En este sentido es indiferencia ante las cosas, que podría pasar por contemplación si no se mezclara el oscuro sentimiento de una irresponsabilidad consentida. No decidir es decidir ser irresponsable."

Lo que no se ve claro en la descripción del profesor Uranga es cómo pueden concordar esa desgana que "es indiferencia ante las cosas, entremezclada al oscuro sentimiento de una irresponsabilidad consentida", con esa preocupación por impedir que los impactos del mundo lo alcancen y hieran; con esas técnicas de preservación y protección que el mexicano se construye en su torno. Porque si hay temor de que el mundo hiera o lastime, hay preocupación, que no indiferencia.

Resumiendo nuestros hallazgos hasta el momento, podríamos decir en forma más que breve, telegráfica, que las modalidades de la cobardía específicas del mexicano son el temor y el recelo, y que ambas reconocen su origen fundamental en la fragilidad interior, en el sentimiento de íntima vulnerabilidad del mexicano.

Ahora bien ¿cuáles son las formas concretas en que se patentizan los caracteres que he mencionado? Es claro que en el mexicano aparecen íntimamente enlazados temor y recelo; pero también lo es que en todos se manifiestan de la misma manera, sino que por el contrario, aparecen en formas muy variadas. Es decir, que cabe distinguir distintos tipos entre los que tienen esas modalidades esenciales. De tal manera es así, que mi descripción anterior del temeroso y el receloso —la cual cumple sin duda a muchos mexicanos— parece no corresponder a otros que, a primera vista presentan una imagen enteramente distinta. Recelo y temor toman en ellos formas tan insospechadas, viajan por tan retorcidos y enredados vericuetos, que solo un análisis minucioso podría recono-

cerios. ¿Quién diría en una mirada superficial que esos caracteres anidan en el alma del "macho", del "creído", del "sabroso"? Solo un minucioso proceso de desenmascaramiento podría descubrirlos, nombrarlos con sus nombres verdaderos, pasando a través de los pseudónimos que adoptan. Y ya dije al principio de esta conferencia que era esa una de mis tareas. Emprendámosla pues, con ayuda de las categorías que en esta excursión por el campo de la cobardía hemos intentado determinar. Porque será en ese análisis de cada tipo concreto en el que nos encontraremos con las modalidades más específicas del valor en el mexicano, lo cual no es paradójico, como pudiera parecerlo, dado que nuestro punto de partida ha sido cabalmente el opuesto. Para dar coherencia sistemática a mi exposición, para no perder el hilo conductor cuya conservación implica tantos desvelos para el filósofo, me veo obligado a incurrir en una flagrante falta de consideración para con ustedes que tan pacientemente me escuchan; y es que, una vez más, he de abusar de su paciencia repitiendo lo que considero básico, para estructurar sobre ello todo lo demás. No me cabe la menor duda de que me he excedido en las repeticiones; pero hasta ahora las he justificado ante mí misma por creerlas necesarias. No estoy segura de que lo que voy a hacer en este momento lo sea, pero como lo que más me importa es el rigor y la claridad, prefiero pecar por exceso que por defecto.

El recelo y el temor —modalidades de la cobardía propias del mexicano— reconocen su origen fundamental en la fragilidad de su ser. Implican una actitud ante la vida que va de la acción al renunciamiento de la acción, actitud cuyo sentido es la protección del ser frágil, el anhelo de conservar intacto lo que puede ser fácilmente quebrado. El hombre que recela y teme evita herir a su mundo con una acción enérgica para evitar que ese mismo mundo lo hiera a él. Por paradójico que parezca esa actitud de contener la propia acción sobre el mundo implica una súplica de reciprocidad a ese mismo mundo. El que se deja caer sobre el agua de una alberca desde una gran altura, sabe que, al impacto de su cuerpo el agua saltará, atomizada en gotas hasta una altura menor, pero proporcional a la suya; el que se sumerge lentamente, escalón por escalón, sin violencia, sabe que solo un movimiento despacioso, blando, muelle, perturbará la superficie del líquido. Su acción provocará una recíproca, y ambas guardarán una proporción definida en la suavidad, la energía o la violencia.

## FORMAS DEL VALOR Y DE LA COBARDIA EN EL MEXICANO

De aquí que la actitud original del mexicano ante su mundo sea blanda, suave, o como ha dicho el profesor Uranga, "algodonosa".

Si los vericuetos de la vida humana no fuesen vericuetos, sino formas rectilíneas, regulares, lógicas —en el sentido más elemental de la palabra lógica— esta actitud del mexicano daría por resultado un equilibrio estable, caracterizado por esa relación amortiguada con el mundo. Pero no es así, porque si el mexicano, es respetuoso con el mundo, el mundo, enemigo de las precauciones, no siempre es respetuoso con él.

Y si es verdad que el agua reacciona al impacto del cuerpo, también lo es que el cuerpo reacciona al contacto con el agua. O para decirlo en ese romance un tanto desromantizado de la filosofía, tan verdad es que la acción del mundo corresponde a la del sujeto, como lo contrario.

Y así sucede que el mexicano, que para conservar intacto su frágil ser, necesita que esa fragilidad sea secreta y solo por él conocida se encuentra con que el mundo, impetuoso y agresivo, lo pone en trance de manifestar esa fragilidad, de revelar su secreto, de perder la más sólida de sus defensas. Y eso no puede permitirlo nunca; debe conservar el secreto a costa de todo, su fragilidad se disfraza de entereza, su cobardía de valor, su temor y su recelo se convierten en temeridad y audacia.

Este es el caso del "macho". Su deficiencia para la acción se transforma, ante el riesgo de hacerse patente a los otros, en acción agresiva. Sus arranques de valor no tienen un fin positivo sino que adquieren sentido en cuanto constituyen un modo de disimular la fragilidad. Por eso el macho no puede realizar su ser en soledad, es preciso que haya otros que padezcan o cuando menos presencien su conducta; necesita testigos. El sentido de ésta que, repito, es el conservar la propia fragilidad solo es posible a través de los otros, de los espectadores o las víctimas. El macho reconoce en los demás los síntomas de esa fragilidad que es también suya, y para alejar toda sospecha, de esa realidad, adopta ante los otros una actitud de desprecio insultante. Toda forma de suavidad o de finura en el trato, toda forma amortiguada de la acción la tachará de feminoide. Del suave o del tímido dirá que "es una vieja", mientras que él es "muy hombre". Según está siempre dispuesto a demostrar, alardeando de una serie de pretendidas virtudes de la masculinidad. Ciertamente que en la mayor parte de los casos esas virtudes no son tales y parecen simples estupideces sin sentido al que no comprenda que su único objetivo es desmesurar ante los demás la capacidad de acción. Así por ejemplo,

el macho dirá que ingerir grandes cantidades de alcohol es cualidad masculina por excelencia, cuando lo que en realidad sucede es que el beber poco es síntoma de moderación, virtud que por parecerse a la timidez, le interesa negar a toda costa. Las baladronadas del macho son clásicas y aparecen frecuentemente en las canciones mexicanas; "Y no vengo porque puedo sino porque puedo vengo". "Quítese de aquí mi padre que ando más bravo que un león" . . . "Quién dijo miedo señores si para morir nacimos". Los ejemplos son tan numerosos que resulta ocioso citar más. La vida mexicana está llena de anécdotas en las que se puede reconocer fácilmente la presencia del macho. Ahora bien, en el macho encontramos una gama considerable de variedades. Puede manifestarse en el presumido o el echador, el que imaginativamente es capaz de las más atrevidas hazañas, de ganar fabulosas fortunas con esfuerzo mínimo, o de vencer con su ingenio a quienes tienen mayor preparación intelectual: el "echador" se diferencia del macho propiamente tal en que es incapaz de enfrentarse de hecho a las situaciones que crea imaginativamente con el único objeto de que su auditorio quede convencido de su valor. Por eso el "echador" es también un "hablador" es decir, un individuo cuyo machismo no va más allá de la palabra y que atribuye al prójimo actos que pueden ser falsos o verdaderos, pero que tienden, eso sí, a rebajar al otro en provecho propio.

El "pistolero" o "guardaespaldas" es otro tipo de macho que fundamenta su valentía en una "cuarenta y cinco", y principalmente en el influyente patrón que garantiza la impunidad de sus actos. Se complace en transgredir toda ley o costumbre, porque como sus acciones no tienen más objeto que la notoriedad, encuentra en la ilegalidad su mejor propaganda.

El macho en sentido estricto es siempre molesto y antisocial, pero no necesariamente nefasto, mientras que el "pistolero" lo es siempre por razón misma de su situación.

El "creído" es un tipo que no puede subsumirse fácilmente en el del macho pues tiene con él diferencias considerables. Mientras la acción de éste es desmesurada, pero real, la del creído es nula: ni siquiera alardea verbalmente como el "echador", pero "se cree mucho" y trata de hacerlo creer a los demás "ninguneándolos". El desprecio del "crecido" por los otros no es insultante como el del macho ni se expresa en anécdotas como el del "echador", sino que se manifiesta en un aparente no tomar

*FORMAS DEL VALOR Y DE LA COBARDIA EN EL MEXICANO*

en cuenta al prójimo, en un adoptar la actitud del semi-dios que espera la adoración de los simples mortales. El "creído" es más sutil que sus congéneres mencionados, por lo mismo que suele ser más culto. Sin duda todos ustedes lo conocen porque lo encontramos cotidianamente en los patios y aulas de esta Facultad. En conclusión, si las formas de la cobardía en el mexicano eran el temor y el recelo, las formas del valor correspondientes son la temeridad y la audacia. En ambos casos el balance será esa inseguridad ontológica, esa fragilidad interior que parece ser en él carácter fundamental.

He pretendido analizar ante ustedes algunas de las formas de esa fragilidad en su relación con el valor y la cobardía. Si el análisis carece de la necesaria profundidad es cosa de la que habrá que hacerme responsable; pero si su defecto es de extensión —y esto lo veo yo bien claro— es cosa solo atribuible a los límites necesariamente breves de una conferencia.

ANGELINA C. DE MORELEÓN